

Leila Slimani
Sexo y mentiras

La vida sexual en Marruecos



CABARET VOLTAIRE

Predicar la castidad es una incitación pública a ir en contra de la naturaleza. Despreciar la vida sexual, ensuciarla con la noción de impureza: ese es el auténtico pecado contra el espíritu sano de la vida.

FRIEDRICH NIETZSCHE,
El anticristo

Cuando Alá creó la Tierra decía mi padre—, tuvo sus motivos para separar a los hombres de las mujeres. El orden y la armonía solo existen si cada grupo respeta los *hudud*, las fronteras. Cualquier transgresión conlleva obligatoriamente la anarquía y la desgracia. Pero las mujeres no pensaban más que en traspasar los límites. Estaban obsesionadas por el mundo que existía del otro lado de las puertas de sus casas. Fantaseaban, se pavoneaban por unas calles imaginarias.

FÁTIMA MERNISSI,
Sueños en el umbral

Cuando en el verano de 2014 publiqué mi primera novela, *Dans le jardin de l'ogre*, algunos periodistas franceses se sorprendieron de que una marroquí escribiera una obra así. Con ello se referían a un libro sobre sexo escrito con toda libertad, de temática *trash* y cruda, y que cuenta la historia de una mujer que padece adicción al sexo. Era como si culturalmente yo tuviera que ser más recatada, más reservada. Contentarme con escribir un libro erótico de reminiscencias orientalistas, como digna descendiente de Sherezade.

Sin embargo, ¿quién mejor que los magrebíes para tratar los temas relacionados con el drama sexual, la frustración o la alienación? Por vivir, o por haber crecido, en unas sociedades en las que la libertad sexual no existe, el sexo se convierte en objeto de ciega obsesión. De hecho, la sexualidad es una problemática muy presente en la creación literaria contemporánea, como en Mohamed Chukri, Tahar Ben Jelloun, Mohamed Leftah o Abdelá Taia. La literatura erótica, incluso la más atrevida, sigue re- inventándose, sobre todo entre las mujeres; ese es el caso de la libanesa Joumana Haddad, la misteriosa Nedjma, que firma con seudónimo, o la siria Salwa Al-Neimi, cuyo libro, *El sabor de la miel*, ha sido un éxito de ventas.

Mi primera novela no tiene, pues, nada de excepcional. Incluso creo poder afirmar que no es una casualidad que haya construido un personaje como Adèle, una mujer frustrada que miente, que lleva una doble vida. Una mujer reconcomida por el remordimiento y por su propia hipocresía. Una mujer que esquiva lo prohibido y no siente placer. Adèle es, en cierto modo, una metáfora algo exagerada de la sexualidad de las jóvenes marroquíes.

Para la presentación de mi novela, insistí ante la editorial Gallimard para que se hiciera en algunas ciudades de Marruecos, en librerías, en universidades, en

mediatecas. Fui invitada por varias asociaciones y grupos de debate. Las dos semanas que duró la gira resultaron ser para mí una auténtica revelación. Ni remotamente sospechaba las ganas que tenía el público de dialogar conmigo. En cada una de mis intervenciones, comprobé hasta qué punto un encuentro en torno a la sexualidad podía apasionar a la gente, y, en particular, a los jóvenes. Cuando acababa la presentación, muchas mujeres se me acercaban para comentarme cosas, contarme sus historias. Una novela tiene precisamente ese lado mágico, al establecer una relación íntima entre el escritor y su lector, derribar las barreras del pudor y de la desconfianza. Pasé con ellas unos momentos extraordinarios. Quise, por tanto, restituir esa palabra, a modo de conmovedor testimonio de una época y de un sufrimiento.

No pretendo con el presente libro escribir un estudio sociológico ni un ensayo sobre la sexualidad en Marruecos. Eminentes sociólogos, excelentes periodistas realizan este arduo trabajo. Mi intención era entregar a los lectores esa palabra sin pulir. Una palabra vibrante e intensa, unas historias que me han conmovido y emocionado, que me han provocado a veces indignación y rabia. Quise que se oyeran esos fragmentos de vida, a menudo dolorosos, en una sociedad en la que muchos hombres y mujeres prefieren mirar para otro lado. Al contarme sus vidas, y aceptar romper tabúes, esas mujeres me enseñaron que sus vidas importan. Cuentan y deben contar. A través de sus confidencias, quisieron romper su aislamiento, aunque solo fuera por unas horas, e invitar a otras mujeres a tomar conciencia de que no están solas. En ese sentido, su discurso es político, comprometido, emancipador. Durante aquellos encuentros, pensé a menudo en lo que afirma Fátima Mernissi en *Sueños en el umbral*, a propósito de Sherezade, un personaje magnífico, aunque a veces sea un lastre abrumador para algunas mujeres musulmanas: «Ella ayudaría al sultán a ver que su odio obsesivo hacia las mujeres era una cárcel. Curaría el alma perturbada del rey, contándole las desgracias de otros». Para la socióloga marroquí, lo extraordinario de Sherezade no es que encarne supuestamente a la mujer oriental, seductora y lasciva, sino que recupere sus derechos sobre el relato, que no sea solo objeto sino también sujeto de la historia. Las mujeres han de encontrar el modo de influir en una cultura que es rehén de los religiosos y del patriarcado. Al expresarse, al contarse a sí mismas, se sirven de una de las armas más poderosas contra el odio. Las palabras.

No debemos perder de vista lo valientes que fueron al ofrecer su testimonio en este libro y lo difícil que es, en un país como Marruecos, salirse del marco establecido, adoptar un comportamiento considerado como marginal. La sociedad marroquí está basada en la noción de dependencia del grupo. Y el individuo percibe a este como una fatalidad de la que no puede liberarse, y a la vez como una fortuna, ya que siempre contará con esa solidaridad gregaria. La relación con el grupo es, pues, ambigua.

Otro pilar de la sociedad marroquí es el concepto de *h'chuma*, que se puede traducir por «vergüenza» o por «reparo», y que te inculcan desde la infancia. Ser bien educado, un niño obediente, un buen ciudadano, implica también tener vergüenza, mostrar pudor y moderación. «El orden y la armonía solo existen cuando el grupo respeta los *hudud*, las fronteras. Cualquier transgresión conlleva obligatoriamente la anarquía y la desgracia», escribía Fátima Mernissi en su obra antes citada. El precio que hay que pagar por la transgresión es muy alto, y el culpable será castigado por cruzar las «barreras sagradas», sufrirá un severo rechazo. Las mujeres que hablaron conmigo viven lo que viven la mayoría de los marroquíes: una tenaz lucha interior, desgarradora, entre la voluntad de liberarse de la tiranía del grupo y el miedo a que esa libertad lleve consigo el hundimiento de las estructuras tradicionales sobre las que se asienta su mundo. Todas —os daréis cuenta— muestran a veces ciertas ambigüedades, se contradicen, se emancipan para, luego, volver a agachar la cabeza. Intentan sobrevivir.

Al escuchar las palabras de esas mujeres, quise que se escuchara la realidad de este país, que es mucho más compleja y dolorosa de lo que querrían hacernos creer. Pues si se cumpliera la ley tal como existe y la moral tal como se transmite, habría que considerar que todos los solteros de Marruecos son vírgenes, que unos jóvenes que representan más de la mitad de la población nunca han tenido relaciones sexuales. Por tanto, los amantes no casados, los hombres y mujeres homosexuales, los hombres y mujeres que ejercen la prostitución, todas esas personas no existirían. Si creyéramos lo que dicen los más conservadores, empeñados en defender una identidad marroquí que tiene más de mito que de realidad, Marruecos sería un país virtuoso, de conducta irreprochable, que debe protegerse de la decadencia occidental y del liberalismo de

sus élites. En Marruecos, la «fornicación», o *zina*, está prohibida por ley, no es solo un imperativo moral. El artículo 490 del Código Penal contempla «una pena de cárcel de un mes a un año para todas las personas de sexo diferente que sin estar unidas por el vínculo del matrimonio tengan entre sí relaciones sexuales». Y según el artículo 489, toda «conducta licenciosa o contra natura entre dos personas del mismo sexo será castigada con una pena de seis meses a tres años de prisión». En un país en el que el aborto es ilegal, salvo en los casos de violación, de graves malformaciones del feto o de incesto, y en el que «toda persona casada que cometa adulterio» se expone a dos años de cárcel (artículo 491 del Código Penal), a diario se plantean situaciones dramáticas, que no se ven, ni se comentan. Y, sin embargo, los ciudadanos víctimas de esas desoladoras tragedias íntimas sienten que están viviendo en una sociedad hipócrita que los juzga y rechaza.

Es evidente que nadie ignora que las leyes que nos gobiernan son pisoteadas cada día, cada hora y en cualquier ambiente. Se sabe, aunque nadie quiera verlo ni plantarle cara. La ley que penaliza las relaciones sexuales fuera del matrimonio no se cumple, y las autoridades se niegan de plano a admitirlo públicamente. Saben que diariamente se realizan cientos de abortos clandestinos, pero solo ha habido modificaciones menores a la ley que penaliza la interrupción voluntaria del embarazo. Las autoridades, que no pueden ignorar que los homosexuales viven en un estado de miedo y de humillación, siguen mirando para otro lado. Todos los que ejercen algún poder —gobernantes, padres, profesores— sostienen el mismo discurso: «Haced lo que queráis, pero a escondidas».

En una sociedad como la nuestra, el honor es lo primero. No se juzga la vida sexual de la gente sino la publicidad que dan, o se atreven a dar, de ella. Pero ese orden de guardar silencio ya no es suficiente para mantener la paz social y permitir el desarrollo pleno de cada cual. Nuestra sociedad está corroída por el veneno de la hipocresía y por una cultura de la mentira institucionalizada. Y ello genera violencia y confusión, arbitrariedad e intolerancia. Tanto los que se dicen liberales como los conservadores son partidarios del *statu quo*. Parecen compartir esa idea engañosa según la cual la sociedad marroquí no está aún preparada para abordar esos temas.

Cuando a unas chicas que llevan minifalda se las juzga en los tribunales por atentar contra el pudor, o a unos homosexuales se los lincha en plena calle, me parece urgente reflexionar sobre un proyecto de sociedad que nos una y evite ese tipo de abusos. Marruecos, al igual que otros países musulmanes de la zona, no podrá dar la espalda a esa reflexión. En un momento en que el terrorismo islámico es cada vez más violento, en que la sociedad marroquí, al igual que otras sociedades musulmanas, está muy dividida sobre las cuestiones relacionadas con las costumbres, tengo la sensación de que no debemos eludir esos temas. Ya no podemos ignorar la realidad con el pretexto de que no cumple con la religión, con la ley o sencillamente con la imagen que querríamos dar de nosotros mismos. No debemos ceder a la tentación de la regresión y de la pereza, a la hora de definir nuestra cultura y nuestra identidad, como si fueran datos inamovibles y antihistóricos. Nosotros no somos nuestra cultura, pero nuestra cultura es lo que hacemos de ella. Abandonemos esos antagonismos: islam y valores universales de la Ilustración; islam e igualdad de sexos; islam y placer carnal. Pues la religión musulmana puede verse en primer lugar como una ética de la liberación, de la apertura al otro, como una moral íntima y no solo maniquea.

Hoy más que nunca, estoy convencida de que es necesario reestructurar por completo los derechos individuales y sexuales si queremos favorecer un desarrollo pleno de la juventud y una implicación justa de las mujeres en la sociedad. Debemos, al menos, iniciar una reflexión colectiva, sin acritud, sin odio. ¿Qué lugar queremos que ocupe el individuo en nuestras sociedades? ¿Cómo proteger a las mujeres y a las minorías? ¿Cómo conseguir que se acepte a los que están fuera de la norma en una sociedad que sobrevalora el cumplimiento de esta, tanto de la norma religiosa como de la norma social, sometidas a estrecha vigilancia? ¿Cómo conseguir que el derecho a la vida privada, a la intimidad, no lo rijan ni el Estado ni la religión?

Soy consciente de que para cientos de personas, los derechos sexuales o la libertad sexual representan algo anecdótico. En un país como Marruecos, se podría considerar que las batallas con las que hay que lidiar son otras: la enseñanza, la sanidad y la lucha contra la pobreza pasan antes que las libertades individuales. Pero los derechos sexuales forman parte de los derechos humanos, no son accesorios, unos meros complementos de los que prescindamos sin más. Ejercer la propia ciudadanía

sexual, disponer cada cual de su cuerpo como quiera, llevar una vida sexual sin riesgos, fuente de placer y libre de coerción, son necesidades fundamentales y derechos que deberían considerarse inalienables y garantizados para todos.

No solo los derechos sexuales forman parte de los derechos humanos, sino que se puede afirmar que en muchas civilizaciones fue la sexualidad la que facilitó la dominación masculina. Defender los derechos sexuales es defender los derechos de las mujeres. A través del derecho a disponer del propio cuerpo, a liberarse del círculo familiar para vivir una sexualidad plena, también se ejercen los derechos políticos. Si se legisla en estos ámbitos, se dará a las mujeres los medios para defenderse frente a la violencia masculina y a las presiones familiares. Hoy la situación es insostenible. A saber: miseria sexual generalizada, en particular, para las mujeres cuyas necesidades sexuales ajenas a la reproducción se ignoran por completo; sumisión al imperativo de la virginidad hasta que se casan, y a la pasividad, después. Una mujer, cuyo cuerpo se somete a semejante control social, no puede cumplir plenamente su papel de ciudadana. Al estar «sexualizada» al extremo, exhortada a guardar silencio o a la expiación, se la ningunea como individuo.

En su *Historia de la sexualidad*, Michel Foucault escribía que la sexualidad es «un cruce fronterizo especialmente denso para las relaciones de poder: entre hombres y mujeres, entre jóvenes y viejos, entre padres e hijos, entre docentes y alumnos, entre religiosos y laicos, entre los gobernantes y la población». En Marruecos, al igual que en otros países musulmanes, la situación de miseria sexual es un freno a la construcción del individuo y del ciudadano. En ese ambiente opresivo, el hombre reproduce un modelo autoritario en su círculo familiar e íntimo. Se genera así un individuo adaptado a un régimen coercitivo. Como observa el politólogo Omar Saggi, citado en un artículo en el semanario *Jeune Afrique* de enero de 2013, la clandestinidad sexual va unida a la clandestinidad política. «Quienes, a los dieciséis años, han tenido que suplicar al policía de turno que no los lleve a comisaría, por ir cogidos de la mano y en eso, la propia familia sería igual de represiva, igual de violenta que el Estado policial, se acostumbran a la vida mutilada de las dictaduras».

SORAYA

«No lo olvides»

Fue ella quien se dirigió a mí. Yo estaba sentada en el bar de un elegante hotel de Rabat. Se me acercó, puso la mano en un sillón junto al mío y me preguntó si se podía sentar. Le dije que sí, que por supuesto, sorprendida y seducida por su aire resuelto. Tomó asiento, sonriente y locuaz. Hablaba sin parar, quizá para impedir que el silencio crease una situación embarazosa entre dos desconocidas que se están tomando una copa.

Comentó cosas de mi novela. Fue el motivo para conocernos, pues la había leído y quería que se la firmase al final del encuentro organizado en los salones de ese hotel y que ya había terminado. Se había retrasado, el debate y la firma de libros habían finalizado y yo ya me había ido. Uno de los organizadores amablemente le indicó que me podía encontrar en el bar, donde estaba disfrutando de unos instantes de soledad y de descanso. Así fue como llegó y se sentó a mi lado.

Tendría unos cuarenta años. Era guapa, no iba muy arreglada. Se notaba que no se cuidaba el pelo ni el cutis. Las uñas de las manos las tenía de una forma y de un largo desiguales, y fumaba un cigarrillo tras otro. Pero su sonrisa, inmensa e infinitamente sincera, la transfiguraba. Sonreía, movida por un impulso de una insólita generosidad y, a veces, se echaba a reír, con una risa infantil y pícara. Una risa que sonaba a hoja de papel arrugada, que le hacía bajar ligeramente los ojos. No transmitía seriedad, parecía ajena a cualquier patetismo. En muchos momentos, me pareció incluso bella.

Sin yo pedirle nada, empezó a contarse a sí misma. Apenas me atrevía a cambiar de postura. Me contenía para no coger la copa y beber un sorbo, por miedo a que alguno de mis gestos interrumpiera el hechizo de aquellas declaraciones. Me

preguntó si tenía hijos. Le contesté que sí. «Yo no he tenido ninguno. No he podido. Es lo que más lamento en esta vida». Me contó luego que se había casado muy joven con un hombre dominante y celoso. Durante varios años intentaron tener hijos. Sufrió varios abortos espontáneos, se sometió a tratamiento y al final se había dado por vencida. Ese fracaso acabó con el matrimonio. «Además, él no tenía buen carácter, que digamos», me dijo riendo.

No había conocido a ningún hombre antes de su marido. «De jovencita, yo era poco lanzada. Recuerdo que, a los veinte años, mis compañeras de la facultad eran muy atrevidas. Hablaban sin tapujos de sus amantes, contaban incluso en detalle su vida sexual. Yo me sentía incómoda. Era virgen y más bien tímida».

Tras el divorcio, Soraya hizo amistad con un grupo de chicas libres y sin tabúes, con las que hablaba de todo. En esas tardes que pasaba charlando con ellas, la absoluta libertad con que se expresaban, que rozaba incluso la vulgaridad, la sorprendió y reconfortó. Ellas le explicaban cómo ser una experta en el arte de seducir a los hombres, de qué modo volverlos locos físicamente, incluso sirviéndose de alguna que otra pócima mágica.

«En mi familia, era muy distinto», me cuenta. Se pone a describir a su madre. «Era una reina. Guapa y de carácter fuerte, autoritaria». Vivía con el padre de Soraya una relación simbiótica. «A mis dos hermanas y a mí prácticamente nos prohibía hablar con él. En cuanto una de nosotras nos quedábamos a solas con nuestro padre, nos llamaba desde la cocina o desde donde estuviera para que la ayudáramos. No soportaba que él quisiera a otra que no fuese ella».

Aquella madre, adorada y temida, velaba por que sus hijas estudiaran, se integraran bien en la sociedad. No les impedía ir a las meriendas de cumpleaños ni salir con las amigas, incluso podían pasar la noche en casa de alguna de ellas. «Confiaba en nosotras. Pero cuando se despedía, tras acompañarme en coche a algún sitio, se inclinaba hacia mí y me murmuraba al oído: "No lo olvides"». Soraya se echa a reír, con una risa cálida y triste.

«¿Qué es lo que no quería que olvidaras?», me atreví a preguntarle.

«"No olvides mantenerte virgen", eso es lo que me decía». Y ese mandato, sagrado y terrible, repetido sin cesar, se convirtió en un insistente estribillo. Una voz de la que jamás pudo librarse. «Yo deseaba desbloquear este cuerpo. Tras mi divorcio, que mi madre vivió como un tremendo fracaso, me sentí fortalecida, capaz de retomar las riendas de mi vida, con la extraña intuición de que mi cuerpo tenía mucho que darme, deseaba descubrir el placer, la entrega. Pero nunca lo logré».

Conoce a un hombre mayor que ella. Lo describe como sensual y paciente. Se acuestan con frecuencia, sin prisas. Él hacía lo imposible para convencerla de que «se abandonase sin miedo». «Lo intentaba», me asegura. «Lo intentaba con toda mi alma, pero no lo conseguía».

Llevo un buen rato observando que se va por las ramas, que las historias que me cuenta son intensas, bonitas, pero no son lo esencial. Esta mujer guarda un secreto. Cojo un cigarrillo y le ofrezco otro. El encendedor se ha atascado, me canso de deslizar el pedernal con el dedo. Ella se gira hacia un señor sentado al lado y le pide fuego. «Fue muy sencillo», me dice. «Así comenzó todo. Me giré hacia él, le pedí fuego, me encendió el pitillo, y, como estaba sola y él también, me propuso que me sentara a su lado. Y sencillamente, empezó a hablar. Me contó su vida con total confianza, como si yo fuera una amiga. Me sentía magnetizada. Fascinada hasta el extremo de sentir miedo. Me hubiera quedado allí toda la vida, escuchándolo y, al mismo tiempo, me decía que debía salir disparada de allí. Hablaba bien. Era claro y directo».

Con las mejillas encendidas y una mirada expresiva, me confiesa que su marido empezó a telefonarla al móvil, y que, por primera vez en su vida, rechazó todas las llamadas y acabó apagándolo. El hombre y ella estuvieron mucho rato hablando. Como hacia las once de la noche, ella ya estaba algo bebida y él le propuso que lo acompañara a su casa a tomar la última copa, a darle un beso y a lo que viniera después. Ella no se atrevió a aceptar. Se asustó y salió huyendo, como una loca, sin dar ninguna explicación. De vuelta a su casa, llamó a una amiga para que le sirviera de coartada y pretender que habían estado juntas en el cine. Se aprendió de memoria el argumento de la película que daban esa tarde y se lo recitó a su marido. Al recordarlo,

se echa a reír y añade con fingido desenfado: «Me condené a mí misma. Y, sin embargo, estoy segura de que valió la pena».

Hace más de quince años que me fui de Marruecos. Con la distancia y el tiempo transcurrido, he llegado sin duda a olvidar hasta qué punto era difícil vivir sin esa libertad que ahora me es natural. En Francia quizá cuesta imaginar la esquizofrenia que supone para una joven descubrir su sexualidad en un país en el que el islam es una religión de Estado y las leyes son muy conservadoras en ese aspecto.

Soy marroquí y en Marruecos se me aplican las leyes musulmanas. Da igual la relación que tenga con la religión en la intimidad. Cuando llegué a la adolescencia, mis padres me explicaron, a pesar de que ello contradecía sus convicciones, que me estaba prohibido tener relaciones sexuales sin estar casada e incluso mostrarme en público en compañía de un hombre que no fuese de mi familia. Entendí que no podía ser homosexual, hacerme un aborto o vivir en pareja sin estar casada. Al no poder abortar, si me quedaba embarazada siendo soltera, me podían llevar ante la justicia y mi hijo no sería reconocido. Sería un bastardo. El nuevo Código de la Familia, promulgado en 2004, permite declarar al hijo nacido fuera del matrimonio, pero si el padre no lo reconoce, la madre debe elegir como nombre de este uno que empiece por el epíteto Abd como apellido, alguno que escoja de una lista que le presentan. Nacido de padre desconocido, el niño es víctima de exclusión social y económica. Para evitar que las marginen y que las detengan por tener una relación extramatrimonial, cientos de mujeres abandonan a los hijos concebidos en la ilegalidad. Según la Asociación Insaf, solo en el año 2010 hubo una media de 24 bebés abandonados diariamente, es decir, de 8.000 a 9.000 criaturas al año sin identidad, ni genealogía, por no hablar de los cadáveres que se encuentran en los contenedores de basura.

En síntesis: fuera del matrimonio no hay salvación. Pues si bien la sociedad se muestra indulgente frente al cuerpo masculino, que debe gozar, para la mujer, si no está casada, todo le está prohibido. La ley es severa pero es la ley. La realidad es diferente, por supuesto, y muchos eluden las normas. La propia policía, que en teoría debe velar por que se cumplan esos principios, se contenta a menudo con solucionar el problema aceptando unos cuantos billetes. Se puede comprobar entrando en las discotecas de Marrakech, Casablanca o Rabat. Se crea un ambiente de confusión y de angustia. Por su profunda arbitrariedad y porque basta con que te topes, una sola vez, en el sitio y en el momento inadecuados con la persona inadecuada. En función de que seas rico o pobre, de que vivas en una gran ciudad o en una pequeña localidad conservadora, la ley se te aplicará de modo distinto.

Cuando era adolescente, tomé conciencia de que mi sexualidad le importaba a todo el mundo: la sociedad tenía derecho sobre ella. La virginidad es un tema obsesivo en Marruecos y en el mundo árabe. Ya seas liberal o no, religioso o no, no puedes zafarte de esa obsesión. Antes del matrimonio, y, según el Código de Familia, se supone que la futura esposa debe presentar un «certificado de soltería». Evidentemente, la virginidad masculina, imposible de demostrar, además de que no se exige no le interesa a nadie. En la lengua popular, las expresiones para designar la pérdida de la virginidad son bastante reveladoras. En mis conversaciones con algunas mujeres, varias me comentaron, al referirse a una chica no virgen, que no estaba «entera», que estaba «estropeada», «echada a perder» por un hombre, y que luego tuvo que superar esa terrible «lacra».

Convertirte en una mujer adulta es un camino sembrado de humillaciones. Tanto ante la policía y la justicia, como en el espacio público, ser una mujer es una desventaja. Como escribía el autor turco Zülfü Livaneli, en su novela *Mutluluk* (Felicidad): «En todo el Mediterráneo, la noción de honor se sitúa entre las piernas de las mujeres». Es una carga pesada de llevar para la mitad de la población. Idealizada, mitificada, la virginidad es una herramienta de dominación para mantener a las mujeres en sus casas y ejercer sobre ellas una vigilancia constante. La virginidad es objeto de preocupación colectiva, en lugar de ser una cuestión de orden privado. Se ha convertido en un maná económico para los cirujanos que practican al día decenas de

himenoplastias, y para los laboratorios que comercializan falsas membranas, diseñadas para sangrar el día del coito. La miseria sexual, como veremos, es un capitalismo más, como cualquier otro.

En mi adolescencia, el mundo se dividía en dos grupos: las que lo hacían y las que no lo hacían. Pero esta elección no se puede comparar con la que se plantea a las jóvenes en Occidente. Porque en Marruecos es una opción casi política. Al perder la virginidad, las jóvenes caen de pleno en la ilegalidad, lo que no es baladí. Y esta elección no es suficiente: luego, en la práctica, tienen que poder satisfacer su deseo. Ahora bien, las limitaciones son muchas. ¿En dónde se encuentran los enamorados? ¿En casa de sus padres? Eso es absolutamente impensable. ¿En un hotel? Es imposible, incluso para los que tuvieran los medios, puesto que el recepcionista tiene derecho a exigir un certificado de matrimonio a las parejas deseosas de compartir una habitación. Los encuentros se producen, pues, en los coches, en los bosques, cerca de las playas, en solares en construcción, en terrenos abandonados. Con la preocupación añadida de que la policía te sorprenda y te detenga sin más. No sé si una joven europea de dieciséis años puede medir la angustia que representa semejante situación.

Yo misma la viví. Estaba acabando el instituto, y una tarde flirteaba con un chico en su coche. Era un flirteo inocente y natural entre dos jóvenes. Una furgoneta de la gendarmería se detuvo a unos metros de distancia. Los gendarmes se acercaron a nosotros. Sabían perfectamente lo que estábamos haciendo. De ahí, sus rondas en ese bosque. Era un secreto a voces. Decenas de parejitas se encontraban allí a diario. Jóvenes o viejos, adúlteros o estudiantes enamorados, ricos o pobres, todos movidos por el deseo de gozar de un poco de intimidad a la sombra de los eucaliptos. Los policías que patrullaban por ese bosque no eran miembros de la brigada de buenas costumbres, aunque se comportaran como tales. Les da igual saber qué estás haciendo, si existe o no consentimiento, no se molestan en velar por tu seguridad. Se presentan indolentemente a hacer que se aplique una ley, o, más bien, a sacar algún provecho. Pues en la mayoría de los casos, por una pequeña mordida miran para otro lado. Será el precio de tu humillación.

A mi alrededor, los chicos diseñaban una cruel cartografía. Por un lado, estaban las «buenas chicas», y, por otro... «las demás». Y oías que te repetían como un mantra «las buenas chicas no fuman, las buenas chicas no salen de noche, no tienen amigos varones, no van en short, no beben alcohol en público, no levantan la voz como sus hermanos, no bailan delante de los hombres». Pero yo sabía que las buenas chicas no siempre son las que uno cree. Como todo el mundo, había oído comentar que algunas aceptaban que las sodomizasen antes que perder su virginidad. Ese no era mi concepto de la pureza. Nunca me sentí pura. Nunca. Paradoja de ese ambiente: de tanto considerar que las mujeres son provocativas y peligrosas, que hay que reprimir en ellas el apetito sexual, se acaba negando la propia noción de pureza que se intenta preservar. Me sentía culpable incluso antes de haber pecado.

La poeta y periodista libanesa Joumana Haddad habla con vehemencia del papel que cumple la educación en perpetuar la discriminación y la misoginia. Ella se dirige en especial a esas madres que educan a sus hijos varones como si fueran semidioses, y que, por muy abiertas de mente que sean, tienden a considerar que las hijas deben mostrarse más discretas, y aceptar su destino. Tras las agresiones sexuales que se cometieron en Colonia el 31 de diciembre de 2015, les dirigió estas palabras en un artículo de prensa: «Siento anunciároslo de este modo, a vosotras, las madres, pero si vuestros hijos varones se convierten en acosadores, violadores, violentos, indeseables, malos maridos y unos machistas, la culpa no es solo de la sociedad y de la cultura, vosotras también sois responsables. En lugar de repetir una y otra vez a vuestras hijas que ellas son presas de caza, no digáis a vuestros hijos que ellos son los cazadores. En lugar de enseñar a vuestras hijas a callarse, intentad enseñar a vuestros hijos a escuchar. En lugar de prohibir a vuestras hijas que lleven minifalda, explicad a vuestros hijos que una minifalda no es una invitación al sexo. En lugar de obligar a vuestras hijas a taparse, explicad a vuestros hijos que una mujer es mucho más que un cuerpo».

Mi padre tuvo tres hijas, libres, charlatanas, independientes. Nacido en la ciudad de Fez de los años cuarenta, seguramente no le resultaba fácil ver crecer a sus hijas en una sociedad donde a pesar de que el papel de la mujer hubiera cambiado seguían existiendo férreas barreras. Se vio obligado a hacer malabarismos entre su deseo

de transmitirnos una de sus creencias más firmes, a saber, la igualdad entre el hombre y la mujer, y su deseo de prepararnos frente al conservadurismo de la moral dominante. A veces, la iniciativa de conseguir más libertad vino de nosotras; nosotras lo convencimos de que nuestro deseo de emancipación era más firme que nuestra necesidad de protección. Estoy segura de que a lo largo de su vida su visión de la mujer, y de la problemática vinculada al hecho de serlo en este mundo, evolucionó. Nosotras lo educamos, del mismo modo que él nos educó. Juntos, nos educamos mutuamente.